

## LA CUESTIÓN DEL MAL NATURAL: BASES EVOLUTIVAS DE LA PREVALENCIA DEL DESVALOR\*

Oscar Horta  
*Universidad de Santiago de Compostela*

“¿Qué libro podría escribir un capellán del diablo acerca de los trabajos de la naturaleza, torpes, despilfarradores, chapuceros, bajos y horriblemente crueles!”<sup>1</sup>

### Resumen

Este artículo examina el problema del mal en la naturaleza, esto es, la cuestión de cuál es el desvalor presente en esta y de si tal desvalor prevalece o no sobre la felicidad existente en ella. El artículo sostiene que esto último es el caso. Esta es una consecuencia difícilmente evitable de la existencia de un proceso evolutivo en un contexto en el que los recursos son escasos. El artículo muestra que, debido a esto, el sufrimiento y la muerte temprana son la norma en la naturaleza. El número de individuos que vienen al mundo solo para morir de forma dolorosa al poco tiempo supera ampliamente al de aquellos que sobreviven. Asimismo, este artículo también defiende que la idea de que los intereses de los animales no humanos no tienen que ser considerados como lo son los de los seres

---

*Recibido: 03/05/2011. Aceptado: 20/07/2011.*

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación FFI2008-06414-C03-01/FISO con el apoyo del Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>1</sup> “What a book a devil’s chaplain might write on the clumsy, wasteful, blundering, low, and horribly cruel works of nature!” Así comienza una carta de Charles Darwin a Joseph D. Hooker, fechada en 13 de julio de 1856, como reflejo de su espanto ante el desvalor encarnado en los procesos naturales. Véase Darwin, Charles; Darwin, Francis (ed.), *More Letters of Charles Darwin: A Record of His Work in a Series of Hitherto Unpublished Letters*, vol. 1 (Whitefish: 2005 [1908]), p. 94).

humanos es especista e inaceptable, y que los animales no solo tienen un interés en no sufrir, sino también en no morir. Ante todo esto, el artículo concluye que las cosas buenas presentes en la naturaleza son ampliamente sobrepasadas por la inmensa cantidad de desvalor que hay en ella, y que la intervención para reducir esta última es moralmente correcta en aquellos casos en los que resulta posible.

*Palabras clave:* antropocentrismo, desvalor, dinámica de poblaciones, especismo, igualitarismo, intervencionismo, mal natural, problema del mal.

### Abstract

This paper examines the problem of evil in nature, that is, the question of the disvalue present in nature and of whether or not it prevails over happiness. The paper claims that disvalue actually outweighs happiness in nature. This is a hardly avoidable consequence of the existence of an evolutionary process in a context where resources are scarce. The paper shows that, because of this, suffering and early death are the norm in nature. The number of individuals who come to existence just to die in pain shortly after vastly outweighs the number of those who survive. In addition, the paper also claims that the idea that the interests of nonhuman animals need not be considered as those of humans is speciesist and unacceptable, and that animals not only have an interest in not suffering, but also in not dying. Hence, in light of all this, the paper concludes that the good things present in nature are vastly overshadowed by the huge amount of disvalue that exists there, and that we should try to reduce such disvalue.

*Keywords:* anthropocentrism, disvalue, population dynamics, speciesism, egalitarianism, interventionism, natural evil, problem of evil.

## 1. En qué consiste el problema del desvalor en la naturaleza

El problema del desvalor presente en la naturaleza, y de su prevalencia sobre el valor habido en ella, ha constituido una de las dimensiones más notables del tradicional problema del mal. Con todo, la relevancia de esta cuestión sigue permaneciendo mayoritariamente oculta. Ello se debe a que se entiende comúnmente que la vida en los distintos espacios naturales es buena para los animales. Por supuesto, la mayoría de nosotros sabemos perfectamente que los animales padecen distintos daños en la naturaleza, que los llevan a sufrir, padecer mutilaciones y morir de forma muy prematura. Sin embargo, aunque somos conscientes de que esto sucede, tendemos a darle poca importancia.

Por una parte, tendemos a pensar que estos no son más que episodios puntuales que pueden suceder en las vidas de algunos animales, dentro de un marco general en el que la vida placentera es la norma. Creemos que este es un precio perfectamente asumible en comparación con el bien que les proporciona la vida en los hábitats naturales. Por otra parte, muchas veces se entiende que tales daños son triviales aun cuando serían real-

mente trágicos si los padeciesen seres humanos, debido a que se asume que los animales no humanos no son moralmente considerables. A su vez, otra razón por la que no se considera que tales daños sean significativos radica a menudo en el atractivo o el agrado que nos puede producir la contemplación de la naturaleza y de los procesos que suceden en ella. Y, finalmente, otro motivo por el que se acostumbra a minusvalorar los daños padecidos por los animales salvajes radica en la idea de que la naturaleza encarna unos valores que sobrepasan al desvalor que estos puedan sufrir.

Este artículo defenderá que estas ideas acerca del valor y desvalor presentes en la naturaleza no se corresponden con la realidad. En las secciones 2, 3 y 4 se expondrán las razones por las que, contrariamente a lo que a menudo se piensa, en la naturaleza el sufrimiento (junto con la muerte prematura) sobrepasa ampliamente al bienestar. En las secciones 5 y 6, se presentarán una serie de argumentos en función de los cuales debemos rechazar las posiciones antropocéntricas que implicarían que el sufrimiento de los animales no es algo digno de atención moral. Estos argumentos también supondrán que nuestro agrado en la contemplación de la naturaleza no constituye realmente una razón para negar no ya el desvalor presente en ella, sino que este sea más relevante que dicho agrado. A su vez, la sección 7 sostendrá que debemos rechazar la idea de que los procesos naturales encarnan ciertos valores tan significativos que vuelven trivial el desvalor padecido por los animales no humanos. Finalmente, la sección 8 examinará las conclusiones que pueden derivarse de aquí en lo que toca a nuestras razones para actuar.

## 2. El desvalor padecido por los animales en la naturaleza

Aunque muchos ven la naturaleza como un lugar paradisíaco, en ella tiene lugar una inmensa cantidad de desvalor. Hay una forma especialmente llamativa en la que este ocurre, que es la que posiblemente ha hecho más por despertar las inquietudes y las dudas acerca de esta cuestión. Esta consiste en el modo en el que los animales se agreden entre sí. Fundamentalmente, en la depredación y el parasitismo. Es sabido el modo en el que esto impactó a uno de los primeros que comenzaron a reflexionar acerca la cuestión del desvalor en la naturaleza, Charles Darwin. Este consideró que la idea de que vivimos en un buen mundo resulta difícilmente compatible con el hecho de que en la naturaleza existan animales no humanos que sufren enormemente y mueren debido

a agresiones cuya ocurrencia no es puntual, sino cotidiana. Confesó, así, en 1860 (en carta a Asa Gray), lo siguiente:

No puedo convencerme a mí mismo de que un Dios benéfico y omnipotente habría creado de forma premeditada a los icneumonidos con la intención expresa de que se alimentasen con los cuerpos de orugas vivas.<sup>2</sup>

Sin embargo, sería engañoso pensar que estas son las únicas formas en las que los animales son dañados en la naturaleza. Hay muchos otros modos en los que esto ocurre. Los animales padecen malnutrición y mueren de inanición, han de aguantar terribles enfermedades, pasan frío, calor y otras inclemencias climáticas, sufren accidentes, etcétera.

Como he indicado en el apartado anterior, la mayoría podría pensar que todos estos acontecimientos serían excepciones dentro de la vida más o menos feliz de los animales. Con todo, esta idea se contradice con el hecho de que hay animales que mueren jóvenes como resultado de tales circunstancias. Más aun, hay animales que mueren por tales circunstancias tras vivir vidas en las que prácticamente no pudieron experimentar ningún bienestar, y sí un gran sufrimiento. En casos así no se puede afirmar que los daños padecidos constituyan episodios excepcionales en la vida de los animales afectados. No obstante, aún podría afirmarse que tales daños serían puntuales y secundarios dentro de un marco general en el que el bienestar prevaleciese en la naturaleza, debido a que solo algunos animales los sufrirían.

¿Qué se puede decir ante esto? Como veremos más adelante, tenemos razones para dudar de que realmente estemos ante casos meramente puntuales. No obstante, antes de entrar a considerar las razones por las que ello puede ser así, resulta necesario tener también en cuenta que la evaluación que cabría hacer de esta cuestión aun si estuviésemos verdaderamente ante casos puntuales no tendría por qué ser necesariamente positiva. Por el contrario, dependerá de la clase de posición que asumamos en teoría del valor y ética. Veamos por qué esto es así.

---

<sup>2</sup> “I cannot persuade myself that a beneficent and omnipotent God would have designedly created the Ichneumonidae with the express intention of their feeding within the living bodies of Caterpillars” (Darwin, Charles; Darwin, Francis (ed.), *The Life and Letters of Charles Darwin*, vol. 2 (Whitefish: Kessinger Publishing, 2004 [1901]), p. 105). Véase también sobre esto Mill, John Stuart, *Nature*, en sus *Collected Works*, vol. X, London: Routledge and Kegan Paul, 1969 [1874], 373-402; Gould, Stephen J., “Nonmoral Nature”, en su *Hen’s Teeth and Horse’s Toes: Further Reflections in Natural History*, New York: W. W. Norton, 1994, pp. 32-44.

### 3. El desvalor natural desde el rechazo de la agregación total

Existen ciertas concepciones del valor para las cuales lo buena o mala que puede ser una situación es algo que viene dado por la suma total del bienestar y el sufrimiento que experimentan los distintos individuos presentes en ella. Este es el caso de la teoría utilitarista. Así, conforme a esta, si el montante total del sufrimiento de los animales presente en la naturaleza fuese menor (o si fuese notablemente menor) que el montante constituido por su bienestar total, ello daría, en conjunto, un saldo positivo. No obstante, hay toda una serie de teorías del valor que van a rechazar esto rotundamente. El motivo radica en la forma en la que está distribuido el bienestar y el sufrimiento en cuestión. Aun cuando, tomados ambos en conjunto, en la naturaleza el bienestar superase al sufrimiento, el problema aquí radica en que ese sufrimiento y ese bienestar no están distribuidos de forma igualitaria entre los distintos animales que existen en ella. Por el contrario, lo que sucede es que ciertos animales disfrutan de un cierto bienestar mientras que otros padecen horriblemente. De hecho, muchos tienen vidas que no contienen más que sufrimiento. Esto hace que, conforme a toda una serie de posiciones, la enorme cantidad de sufrimiento presente en la naturaleza no pueda ser compensada por la presencia de bienestar. ¿Cuáles son tales posiciones? Todas aquellas según las que la distribución desigual de bienestar y sufrimiento es algo negativo. Y también todas aquellas que consideren que un estado de cosas no puede ser bueno si en él existen individuos cuyas vidas no superan un cierto mínimo para poder ser consideradas positivas. (Esto sucedería cuando tales vidas contienen un sufrimiento tan enorme que el bienestar que pueda haber en ellas —si es que hay alguno— no lo compensa —esto es, no se lo compensa *al propio individuo*—).<sup>3</sup>

Esta puntualización es importante porque nos muestra que incluso aunque los casos en los que los animales salvajes sufren vidas terribles

---

<sup>3</sup> Para una presentación de estas posiciones, véase Holtug, Nils y Lippert-Rasmussen, Kasper, “An Introduction to Contemporary Egalitarianism”, en Holtug, Nils y Lippert-Rasmussen, Kasper (eds.), *Egalitarianism: New Essays on the Nature and Value of Equality* (Oxford: Oxford University Press, 2007), 1-37. Véase también Temkin, Larry, *Inequality*, Oxford: Oxford University Press, 1993. Para un examen de la cuestión de la consideración moral de los animales desde el punto de vista respectivo del suficientismo, el prioritarismo y el igualitarismo, véase Crisp, Roger, “Equality, Priority, and Compassion”, *Ethics*, 113 (4), 2003, 745-763; Holtug, Nils, “Equality for Animals”, en Ryberg, Jesper; Petersen, Thomas S. y Wolf, Clark (eds.), *New Waves in Applied Ethics* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2007), 1-24; Horta, Oscar, “Igualitarismo, igualdad a la baja, antropocentrismo y valor de la vida”, *Revista de Filosofía*, 35 (1), 2010, 133-152.

fuesen escasos, habría todavía puntos de vista que concluirían que ello arroja un saldo negativo en relación al valor y desvalor en la naturaleza. Este es el caso de las teorías de inspiración igualitarista.

Quedaría abierta la cuestión de qué posición mantendrán ante este problema otras teorías diferentes, como las utilitaristas, que asumen posiciones agregacionistas según las cuales el daño sufrido por unos puede ser compensado por beneficios a otros. Podríamos pensar que estas teorías emitirían un juicio más favorable hacia la naturaleza. Veremos a continuación, sin embargo, que quienes sostengan un punto de vista de este tipo también van a concluir lo mismo que los defensores de posturas igualitaristas. El motivo de esto radica en que la práctica totalidad de los animales que vienen al mundo padecen tal suerte. De este modo, no será necesario entrar en el debate entre distintas concepciones para llevar a cabo una evaluación de conjunto negativa acerca de la proporción de desvalor existente en la naturaleza. Quienes acepten un punto de vista agregativo como el propio del utilitarismo van a tener que llegar a una conclusión semejante a la que asumirán quienes consideren que el tormento hasta la muerte de una minoría no puede verse compensado por beneficios disfrutados por otros.

#### 4. La razón por la que el desvalor excede enormemente al valor en la naturaleza

A la luz de lo que hemos visto en los apartados anteriores, la pregunta que surge es: ¿cómo podemos evaluar si en la naturaleza el sufrimiento prevalece sobre el bienestar o si ocurre a la inversa? En *Parerga y Paralipomena* Schopenhauer ofreció una respuesta a esta cuestión simple pero no completamente desencaminada, indicando:

Si queréis en un abrir y cerrar de ojos ilustraros acerca de este asunto y saber si el placer puede más que la pena, o solamente si son iguales, comparad la impresión del animal que devora a otro con la impresión del que es devorado.<sup>4</sup>

El criterio que plantea aquí Schopenhauer no es ciertamente muy riguroso, pues en la naturaleza existen otras fuentes de disfrute y sufrimiento diferentes, respectivamente, de la alimentación y del ser predado. No obstante, guarda una cierta verdad. El motivo es que un factor clave que determina la respuesta que haya que dar realmente a esta cuestión es

---

<sup>4</sup> Schopenhauer, Arthur, *Parerga y Paralipomena*, Málaga: Ágora, 1997, II, §149.

la disponibilidad de recursos para poder vivir. En función de cuál sea tal disponibilidad, así como el reparto de tales recursos, así será el balance entre bienestar y sufrimiento (considerando, claro está, que estos son herramientas para la autorregulación de la homeostasis de los organismos que funcionan motivando negativa o positivamente de forma estrechamente ligada a la disposición o ausencia de tales recursos).

Lamentablemente, como Schopenhauer ya parece venir a asumir en este pasaje, tal balance acaba por resultar negativo. El motivo último por el que ello es así depende de dos circunstancias. La primera consiste en que tales recursos son, efectivamente, limitados. La segunda, radica en la existencia de un proceso evolutivo que favorece que existan organismos cuyos comportamientos tienden a maximizar la transmisión de su información genética. Estas dos circunstancias juntas hacen que vengan al mundo muchos seres para los cuales no va a haber recursos suficientes. Y que, además, en muchos casos estos mismos seres sean utilizados como recursos por otros.

Esto es lo que sucede, claro está, cuando hay animales que mueren de inanición o que son devorados por otros. Las dos condiciones arriba expuestas hacen que esto ocurra de forma habitual. La maximización de la transmisión de material genético implica, en la gran mayoría de los casos, un proceso que, a su vez, maximiza también el desvalor. El motivo por el que esto es así consiste en que la estrategia mayoritaria para la reproducción en la naturaleza tiende a maximizar el número de seres sintientes que son efectivamente devorados o que mueren de hambre.<sup>5</sup> Tal proceso puede ser explicado en dinámica de poblaciones como sigue.

Para que una población continúe existiendo a lo largo del tiempo, es necesario garantizar que el número suficiente de animales de la nueva generación sobreviva. Para que se mantenga en números estables, es necesario que, de media, sobreviva un número de individuos equivalente al de la generación anterior. Y lo que hace que esto sea así son las posibles estrategias reproductivas que pueden ser seguidas (cuya adopción, por supuesto, no es elegida como tal por los animales, sino que es el resultado de los dos factores arriba indicados). Se pueden destacar fundamentalmente dos de estas.

---

<sup>5</sup> Obsérvese que incluso aunque los recursos disponibles en la naturaleza sean reducidos, habría una forma en la que el sufrimiento y las muertes prematuras dadas en la naturaleza se podrían mantener bajo niveles relativamente bajos. Ello sucedería si los organismos animales no operasen de modo tal que tendiesen a maximizar la transmisión de su material genético. No obstante, esto no es lo que sucede, pues tales organismos no tenderían a persistir frente a otros.

- (i) La primera, consiste en maximizar las posibilidades de supervivencia de los animales de tal población que vienen al mundo. Esto implica que los padres presten los cuidados necesarios a sus crías. Ello es posible únicamente cuando tales atenciones pueden ser focalizadas en un único hijo o hija, o en un grupo muy reducido de hijos. Esta estrategia es comúnmente conocida en biología de las poblaciones como selección  $K$ .
- (ii) La segunda, consiste en maximizar el número de animales de tal población que vienen al mundo. Esto supone que cada vez que un animal se reproduce, tenga un enorme número de descendientes. Lo cual, a su vez, impide que sus progenitores puedan prestarles los cuidados que podrían proporcionarles si hubiesen traído al mundo a un solo hijo o hija. A esta estrategia reproductiva se la denomina normalmente como selección  $r$ .<sup>6</sup>

Como se puede comprender a la luz de esto, los animales que siguen esta segunda estrategia reproductiva tienen una tasa de supervivencia mínima. Al nacer tantos individuos, los recursos disponibles para que cada uno de ellos pueda sobrevivir se ven reducidos. Y, además, la maximización del número de descendientes impide emplear amplios recursos para maximizar las probabilidades de supervivencia de estos.

Si todos los animales existentes, o al menos la mayoría de ellos, se guiasen por la estrategia consistente en maximizar las probabilidades de supervivencia de las crías, el desvalor existente en la naturaleza sería relativamente reducido. Sucede, sin embargo, que los animales que siguen tal estrategia reproductiva han de tener una conducta muy compleja, resultado de un proceso evolutivo largo y complejo. Y, además, las poblaciones de estos animales son muy sensibles a cambios notables en su

---

<sup>6</sup> El nombre de estos dos tipos de estrategias reproductivas tiene el origen siguiente. En dinámica de poblaciones, la ecuación diferencial básica utilizada para dar cuenta de la variación que se da en una determinada población es la siguiente:  $dN/dt = rN(1-N/K)$ . Esta refiere que la variación que experimenta una población de animales cuyo número inicial es  $N$  a lo largo de un cierto tiempo  $t$  depende de dos variables:  $r$ , que representa la tasa reproductiva de esta población de animales (esto es, el número de individuos que nacen en esta), y  $K$ , que representa la capacidad de carga del ecosistema en el que se encuentra esa población de animales (esto es, en último término, la probabilidad de que cada nuevo individuo de esa población pueda sobrevivir). Los animales que siguen la selección  $r$  maximizan el valor de la variable  $r$ , los que siguen la selección  $K$ , maximizan el valor de  $K$ . Véase sobre esto MacArthur, Robert H. y Wilson, Edward O., *The Theory of Island Biogeography*, Princeton: Princeton University Press, 1967; Pianka, Eric R., "On  $r$ - and  $K$ - Selection", *American Naturalist*, 104 (1940), 1970, 592-597.



hábitat. Se trata normalmente de animales especialistas, que prosperan en condiciones ambientales muy concretas.

Estos requerimientos son muy restrictivos, lo que favorece que la selección  $r$  predomine ampliamente en la naturaleza. Así, la inmensa mayoría, de hecho la casi totalidad de los animales que existen en el planeta, procrean conforme a los dictados de esta estrategia reproductiva. Únicamente algunos vertebrados, como ciertos mamíferos y aves, se reproducen teniendo únicamente una cría o un huevo cada vez. Algunos otros adoptan estrategias reproductivas que combinan ambas opciones, teniendo varias crías a las que les proporcionan ciertos cuidados. Con todo, la gran mayoría de los animales existentes en la naturaleza siguen de forma mucho más estricta los dictados de la selección  $r$ , reproduciéndose mediante enormes puestas de huevos (muchas veces de miles o decenas de miles, en otros casos, de millones de ellos).<sup>7</sup>

Lo que esto supone es que se dispara el número de animales que vienen al mundo para morir poco después. De media, considerando un contexto en el que, al menos a medio plazo, las poblaciones permanezcan estables, por cada animal que se reproduce solamente sobrevive una cría (de lo contrario, la población de estos animales se dispararía inmediatamente, en muchos casos en una sola generación). De manera que, obviamente, todos los demás mueren. Gran parte de ellos, de hecho, lo hacen al poco de haber comenzado a existir.

Tales muertes no son, ni mucho menos, indoloras. Por el contrario, estos animales mueren de hambre, devorados por otros animales y de otras formas que implican de forma general un enorme sufrimiento. Lo que esto supone es que un inmenso número de estos animales vienen al mundo únicamente a sufrir. Sus vidas no contienen prácticamente ningún disfrute, puesto que mueren no mucho después de nacer. Y, en cambio, sí contienen un notable sufrimiento: el de la muerte dolorosa que padecen. Son vidas, por tanto, en las que el desvalor supera al valor. Vidas de las que habría sido mejor para ellos verse libres, que les han ocasionado más mal que bien, o, incluso, que les han ocasionado un gran mal y ningún bien.

---

<sup>7</sup> El vertebrado que más huevos pone, el pez luna, puede llegar a tener puestas de hasta 300 millones de huevos cada vez (véase AAVV, "Life History", *The Ocean Sunfish*, 2010, <http://www.oceansunfish.org/lifehistory.php>). Otros animales ponen varios millones de huevos, algunas decenas o cientos de miles, o simplemente algunas decenas, cientos o miles. En todos los casos, de cualquier manera, el número de descendientes supera amplísimamente al de los progenitores.

Esto es algo que debe zarandear vigorosamente cualquier supuesto acrítico que pudiésemos tener acerca del valor presente en los espacios naturales. Consideremos en toda su dimensión qué es lo que ocurre. He indicado desde el inicio de este artículo que los animales sufren distintos daños. Y hemos visto que estos no constituyen únicamente episodios puntuales en las vidas de los animales: por el contrario, hay animales que mueren como consecuencia de ellos, y que, más aun, no consiguen gozar de ningún disfrute en sus vidas. Pero no solo esto: hemos visto, además, que los animales que padecen tal suerte no son una minoría. Por el contrario, son una abrumadora mayoría, de hecho, constituyen la casi totalidad de los animales que vienen al mundo. El motivo de esto es doble. Por una parte, es la suerte que sufren prácticamente todos los animales sintientes engendrados por los animales que siguen una estrategia reproductiva conforme a la selección *r*. Y, por otra, la selección *r* es seguida por la inmensa mayoría de los animales que existen en el planeta.

El panorama que así resulta es desolador. El bienestar que puede existir en la naturaleza palidece ante la exorbitada cantidad de desvalor, en términos de sufrimiento y muerte prematura, que esta contiene, como consecuencia de las razones indicadas hasta aquí.<sup>8</sup>

Podríamos, por supuesto, matizar hasta cierto punto la magnitud de tal desvalor, indicando que no todos los animales que vienen al mundo y mueren sin llegar a desarrollarse padecen un terrible desvalor. Y es que, sin duda, muchos de estos animales no son seres conscientes al morir, de modo que no experimentan ningún sufrimiento (ni, podría argumentarse, ninguna pérdida al morir). Y muchos otros, siendo conscientes, es muy probable que lo sean solamente en un grado mínimo, de forma que el padecimiento que sufran sea realmente mínimo (al menos en comparación con el que otros animales podrían sufrir). Por otra parte, también los habrá que tengas muertes rápidas. Y, además, habría que contar que muchos otros animales, pese a sufrir esta suerte, viven lo suficiente como para poder disfrutar de algunas experiencias placenteras. Todo esto lleva

---

<sup>8</sup> Véase sobre esto el análisis realizado en Ng, Yew-Kwang, "Towards Welfare Biology: Evolutionary Economics of Animal Consciousness and Suffering", *Biology and Philosophy*, 10 (3), 1995, 255-85 y Dawrst, Alan, "The Predominance of Wild-Animal Suffering over Happiness: An Open Problem", *Essays on Reducing Suffering*, 2009, <http://www.utilitarian-essays.com/wild-animals.pdf>. Esta idea se apunta también en Sagoff, Mark, "Animal Liberation and Environmental Ethics: Bad Marriage, Quick Divorce", en Zimmerman, Michael E.; Callicott, John Baird; Sessions, George; Warren, Karen J. y Clark, John (eds.), *Environmental Philosophy: From Animal Rights to Radical Ecology* (Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1993), pp. 84-94.

a concluir que no todos los animales que nacen y que no llegan a desarrollarse padezcan sufrimientos atroces.

Esto limita los efectos negativos que, de lo contrario, podrían tener lugar como consecuencia de la selección *r*. Sin embargo, no los elimina totalmente. De hecho, no los elimina más que en una cierta medida. Y es que, en primer lugar, aun cuando hay animales que mueren sin llegar a ser conscientes, es innegable que muchos otros sí llegan a serlo, y sí sufren enormemente por ello. Asimismo, incluso aunque haya casos en los que ese sufrimiento no llegue a adquirir una dimensión notable, habrá muchos otros en los que sí estemos ante muertes muy dolorosas, padecidas con seres con sistemas nerviosos lo suficientemente desarrollados como para sufrirlas plenamente. Y no solo eso: el sufrimiento de los seres que solamente tienen experiencias en un grado limitado también debe ser considerado. Un sufrimiento, aunque no sea muy notable, es un sufrimiento, y por ello tiene que contar *algo*. Y, así, cuando tal sufrimiento es padecido por una cifra astronómica de individuos, como es el caso en la naturaleza, su montante total pasa a ser tremendamente elevando. Todo esto sin entrar a comentar en más detalle que, al menos desde una perspectiva de corte igualitarista, el que una vida solo contenga desvalor será enormemente negativo, incluso aunque ese desvalor sea reducido. Y, finalmente, el hecho es que aunque haya seres que puedan tener ciertos disfrutes en sus vidas antes de morir, también los habrá que padezcan tal suerte sin haber podido experimentar ningún disfrute significativo. Y los habrá que, aun teniendo disfrutes de importancia, no los tengan en grado suficiente como para que estos superen en magnitud al sufrimiento que les puede ocasionar su agonía.

En definitiva, la selección *r*, junto con su abrumadora prevalencia en la naturaleza, constituye una razón fundamental, si no *la* razón fundamental, por la que hay que concluir que el sufrimiento excede en mucho al bienestar presente en la naturaleza. Ello no quiere decir que sea la única, por supuesto, ni que el bienestar no tenga también lugar en toda una serie de situaciones en la naturaleza. No obstante, es lo que determina que la balanza se incline abrumadoramente por el desvalor. Y esto es algo que, a la luz de lo dicho en el anterior apartado, difícilmente podría ser de otro modo. La razón, como ya hemos visto, es que la selección *r* es simplemente un resultado del desarrollo evolutivo de procesos tendentes a la maximización de la transmisión del material genético a nuevas generaciones en combinación con la escasez de recursos.

Este hecho permanece oculto para la mayoría de nosotros y nosotras debido, entre otras cosas, a que tendemos a imaginar a los animales que

viven en la naturaleza como animales ya adultos. Más aun, en particular, tendemos a imaginarnos que son vertebrados, especialmente, en la mayoría de los casos, mamíferos o aves, y casi siempre animales de gran tamaño, en los que se da de forma más común la selección *K*. Esto viene a apartar de nuestros ojos la presencia del desvalor en los ecosistemas. Pero ello es así solo debido a que los animales en los que tendemos a pensar no son, en absoluto, representativos de aquellos que mayormente vienen al mundo. Como hemos visto, la inmensa mayoría de ellos son crías jóvenes que mueren al poco de comenzar a existir.

## 5. La desconsideración de los animales no humanos

En la presentación del argumento realizada hasta aquí he estado asumiendo que el problema del mal en la naturaleza viene a consistir en la prevalencia del sufrimiento y la muerte prematura sobre el bienestar en la naturaleza. Ahora bien, mucha gente podría considerar que todo esto resulta irrelevante, en la medida en que considere que únicamente hemos de preocuparnos de los daños que sufren los seres humanos, y no de lo que les sucede a los demás animales. Conforme a esto, el sufrimiento y la muerte de los animales no constituiría realmente un desvalor que debiese preocuparnos. Esta idea va conforme a la posición mantenida de forma más general en relación a los animales no humanos, según la cual estos no serían merecedores de plena consideración moral (algo que estaría reservado a los seres humanos).

Este punto de vista se defiende comúnmente<sup>9</sup> indicando que solo los seres humanos poseen ciertas capacidades de tipo cognitivo, lingüístico, etc.,<sup>10</sup> o bien que solo ellos mantienen ciertas relaciones de solidaridad,

---

<sup>9</sup> Hay otros casos en los que se defiende una posición antropocéntrica meramente definicional, o apelando a criterios no susceptibles de comprobación, como, por ejemplo, razones de tipo religioso, que ya presuponen la prioridad de los intereses humanos. Estas posiciones incurrirían en una petición de principio. Véase por ejemplo Diamond, Cora, *The Realistic Spirit: Wittgenstein, Philosophy and the Mind*, Cambridge: MIT Press, 1995; Gaita, Raymond, *The Philosopher's Dog: Friendships with Animals*, London: Routledge, 2003; Posner, Richard A., "Animal Rights: Legal, Philosophical and Pragmatic Perspectives", en Sunstein, Cass R. y Nussbaum, Martha C. (eds.), *Animal Rights: Current Debates and New Directions*, Oxford: Oxford University Press, 2004, 51-77; Reichmann, James B., *Evolution, Animal 'Rights' and the Environment*, Washington: The Catholic University of America Press, 2000.

<sup>10</sup> Véase por ejemplo Paton, William, *Man and Mouse*, Oxford: Oxford University Press, 1984; Ferry, Luc, *Le nouvel ordre écologique: l'arbre, l'animal et l'homme*, Paris: Grasset, 1992; Scruton, Roger, *Animal Rights and Wrongs*, London: Metro, 1996.

poder, etc.<sup>11</sup> Ahora bien, para que tales argumentos tengan éxito, han de cumplir un requisito indispensable. Deben apelar a un criterio que sea satisfecho por todos los seres humanos y sólo por ellos. Sin embargo, los criterios mencionados (la posesión de ciertas capacidades o el mantenimiento de ciertas relaciones) no cumplen tal requisito. Todos aquellos seres humanos con diversidad funcional intelectual, así como los niños de corta edad, tienen facultades de tipo intelectual y lingüístico ciertamente inferiores a las poseídas por un gran número de animales no humanos. Y también hay muchos seres humanos con los que nadie mantiene relaciones de solidaridad, o que no se encuentran en una situación de poder. Si asumimos la relevancia moral de tales criterios, aceptaremos que todos estos seres humanos sean excluidos de nuestro ámbito de consideración moral, o, al menos, que sus intereses sean menos considerados que los de quienes sí poseen tales capacidades.

Del igual modo, el hecho es que hay muchos seres humanos que no sienten solidaridad o simpatía por los demás humanos, y muchos que se ven, a su vez, privados de toda simpatía o solidaridad. Asimismo, hay numerosos seres humanos que se encuentran en una situación de debilidad ante los abusos y agresiones que otros seres humanos más poderosos pueden infligirles. Si consideramos que, pese a esto, dichos seres humanos deben ser respetados, y que sus intereses deben ser tenidos en cuenta de manera ecuánime, no podemos aceptar el argumento que indica que para ser moralmente considerable es necesario mantener las citadas relaciones de solidaridad, simpatía o poder, u otras semejantes. Todo esto muestra que tales criterios no sirven para distinguir entre seres humanos y otros animales.

Por otra parte, podemos también considerar que debemos rechazar tales criterios si entendemos que a la hora de tener en cuenta a alguien en nuestras decisiones morales lo relevante debe ser la posibilidad de ser afectado por ellas. Conforme a esta idea, todos aquellos seres que puedan ser beneficiados o perjudicados por nuestras acciones habrán de ser tenidos en cuenta. Y este es el caso de los animales no humanos, dado que pueden sufrir y disfrutar. Ello implicará que no podremos establecer

---

<sup>11</sup> Whewell, William, *Lectures on the History of Moral Philosophy in England*, London: John Parker, 1852, p. 223; Becker, Lawrence, "The Priority of Human Interests", en Miller, Harlan y Williams, William (eds.), *Ethics and Animals*, Clifton: Humana Press, 1983, 225-242; Goldman, Michael, "A Transcendental Defense of Speciesism", *Journal of Value Inquiry*, 35 (1), 2001, 59-69.

una distinción entre la consideración que damos a los intereses de los animales no humanos y de los seres humanos.<sup>12</sup>

Si ello es así, tales criterios no pueden ser esgrimidos por más tiempo para defender que los animales de especies distintas a la nuestra puedan ser considerados y tratados de forma desfavorable.

A la vista de esto, podemos concluir que la actual actitud de desconsideración hacia los animales carece de justificación. Es una forma de discriminación, que ha sido referida con el nombre de especismo.<sup>13</sup> Al rechazar la idea de que los daños que padecen los animales no humanos en la naturaleza sean algo que deba ser tenido en cuenta, estaríamos asumiendo tal clase de discriminación.

Por el mismo motivo, la idea de que el agrado o la satisfacción emocional que nos causa la contemplación de la naturaleza se sobrepone a cualquier desvalor que los animales puedan sufrir en ella solo podría ser aceptada si nuestro interés en tal clase de beneficio fuese mayor que el interés de los animales en no padecer la clase de daños que sufren en la naturaleza. Esto, sin embargo, resulta completamente implausible, una vez que hemos visto la gran magnitud del daño que los animales efectivamente sufren.

Hay que concluir, pues, que el sufrimiento y la muerte prematura de los animales en la naturaleza sí resulta algo moralmente importante, y que nuestra evaluación acerca del desvalor de la naturaleza ha de seguir siendo la apuntada en los anteriores apartados.

## 6. El daño de la muerte

Podría considerarse que el hecho de que los animales agonicen en la naturaleza únicamente los daña en la medida en que les ocasiona sufrimiento, pero no en tanto que les causa la muerte. En ocasiones se defiende esta idea afirmando que, para que la muerte sea un daño, tenemos que ser capaces de ser conscientes de nuestra propia vida, lo que implica ser

---

<sup>12</sup> Este argumento ha sido examinado en particular en Pluhar, Evelyn B., *Beyond Prejudice: The Moral Significance of Human and Nonhuman Animals*, Durham: Duke University Press, 1995; y Dombrowski, Daniel A., *Babies and Beasts: The Argument from Marginal Cases*, Chicago: University of Illinois, 1997.

<sup>13</sup> Para un análisis más detallado, véase Horta, Oscar, "What Is Speciesism?", *Journal of Agricultural and Environmental Ethics*, 23 (3), 2010, 243-266.

conscientes de nosotros mismos y de nuestro paso a través del tiempo.<sup>14</sup> Sin embargo, veremos a continuación que hay razones de peso para rechazar que esto sea así.

Existe un argumento según el cual la muerte no puede dañarnos. El motivo sería que esta no nos afectaría antes de morir, pero tampoco después morir, debido a que la muerte no se experimenta.<sup>15</sup> La respuesta estándar a este argumento pasa por afirmar que la muerte no constituye un daño intrínseco, sino extrínseco. Sería un daño por privación. Así, morir en un determinado momento  $t$  nos dañaría debido a que nos priva de las experiencias positivas que tendríamos después de tal momento  $t$  de no haber muerto entonces. La muerte constituye un daño para nosotros porque nos priva de las cosas positivas que nos podrían suceder en el futuro.<sup>16</sup>

Ahora bien, sucede que todo ser con la capacidad de tener experiencias positivas es susceptible de tener futuros disfrutes en su vida, que resulten positivos para él o ella. Siendo esto así, todo ser con tal capacidad tiene la posibilidad de ser privado de tales disfrutes. Esto implica que los animales sintientes, al poseer esta capacidad, son efectivamente dañados por la muerte. Si esto es correcto, hay que concluir que el hecho de que los animales mueran prematuramente constituye un desvalor. Así, los animales no solo son perjudicados por sufrir en la naturaleza, sino también por morir de forma temprana. De manera que el balance total desvalioso en la naturaleza provocado por la amplia prevalencia de sufrimiento sobre bienestar se ve además incrementado por tales muertes prematuras.

## 7. ¿Hay un valor en los procesos naturales que eclipsa al desvalor natural?

En apartados anteriores hemos visto que toda concepción que valore el bienestar y el sufrimiento de los seres sintientes tendrá que afirmar que en la naturaleza, el desvalor es la norma. Ahora bien, existen teorías del

---

<sup>14</sup> Véase Cigman, Ruth, "Death, Misfortune and Species Inequality", *Philosophy and Public Affairs*, 10 (1), 1981, 47-54; Singer, Peter, *Ética Práctica*, Cambridge: Cambridge University Press, 1995.

<sup>15</sup> Epicuro, *Carta a Meneceo*, en sus *Obras*, Tecnos, Madrid, 1991, 57-65.

<sup>16</sup> En lo que respecta a la bibliografía sobre esta cuestión, véase por ejemplo Nagel, "Death", *Noûs*, 4 (1), 1970, 73-80; McMahan, Jeff, *The Ethics of Killing: Problems at the Margins of Life*, Oxford: Oxford University Press, 2002; Broome, John, *Weighing Lives*, Oxford: Oxford University Press, 2004; Bradley, Ben, *Well-being and Death*, New York: Oxford University Press, 2009.

valor según las cuales no son los individuos, sino otro tipo de entidades, las que pueden ser receptoras de valor. Según estas, lo valioso sería, por ejemplo, la suma de los distintos seres sintientes y otros seres vivos (esto es, las biocenosis), o bien la interacción entre todos estos y entre ellos y su medio físico (esto es, los ecosistemas).

Para estas posiciones, cuyo carácter sería holista, los intereses individuales de los seres sintientes no contarán, o como mucho lo harán instrumentalmente por su utilidad para la obtención de otros fines. Conforme a esto, el sacrificio masivo de estos seres será visto como algo que en sí no tiene por qué ser negativo, y que puede ser positivo si garantiza la conservación de los ecosistemas.

De hecho, lo que ocurre en realidad es que toda la inmensa cantidad de sufrimiento y muerte prematura que hemos visto que sucede en la naturaleza no es algo que ocurra de alguna forma adyacente a la existencia de los ecosistemas. Por el contrario, es algo completamente intrínseco a su funcionamiento. Los ecosistemas se constituyen por toda una serie de procesos, muchos de los cuales consisten de hecho en que los animales se agreden unos a otros, se reproduzcan masivamente, sean parasitados, o mueran de inanición de forma masiva. No es que en el mundo natural, además de los procesos naturales en los que consisten o que dan lugar a los ecosistemas, sucedan estas cosas. Es que los ecosistemas se constituyen en base a procesos e interacciones consistentes precisamente en este tipo de cosas.

Por estos motivos, distintos partidarios de posiciones ambientalistas<sup>17</sup> han defendido posiciones especistas, atacado los puntos de vista que defienden la consideración moral de todos los animales sintientes.<sup>18</sup> Implican, por

---

<sup>17</sup> Véase por ejemplo Callicott, John Baird, *In Defense of the Land Ethic: Essays in Environmental Philosophy*, Albany: SUNY, 1989; Rolston III, Holmes, "Disvalues in Nature", *The Monist*, 75 (2), 1992, 250-278; y "Respect for Life: Counting what Singer Finds of No Account", en Jamieson, Dale (ed.), *Singer and His Critics* (Oxford: Blackwell, 1999), 247-268; Sagoff, *op. cit.*; Hettinger, Ned, "Valuing Predation in Rolston's Environmental Ethics: Bambi Lovers Versus Tree Huggers", *Environmental Ethics*, 16 (1), 1994, 3-20.

<sup>18</sup> Ciertos teóricos han querido oponerse a tales posiciones combinando la estimación de los procesos naturales con la consideración del sufrimiento de los animales no humanos. Véase por ejemplo Jamieson, Dale, "Animal Liberation Is an Environmental Ethic", *Environmental Values*, 7 (1), 1998, 41-57; Everett, Jennifer, "Environmental Ethics, Animal Welfarism, and the Problem of Predation: A Bambi Lover's Respect for Nature", *Ethics and the Environment*, 6 (1), 2001, 42-67; Raterman, Ty, "An Environmentalist's Lament on Predation", *Environmental Ethics*, 30 (4), 2008, 417-434. Sin embargo, al hacerlo, o no parecen ser conscientes del balance entre valor y desvalor en la naturaleza o asumen una concepción del valor implausible desde un punto de vista antiespecista, que considere



ejemplo, que estos pueden, o más aun, deben ser sacrificados en masa cuando el bien de los ecosistemas o de las entidades presentes en ellos lo requiera. Sin embargo, rechazan que se actúe del mismo modo en el caso de los seres humanos, aun cuando, a día de hoy, todo el mundo sabe perfectamente que los seres humanos tienen un impacto inmenso en los procesos naturales. Si realmente siguiésemos una posición holista tendríamos que promover no ya restricciones radicales a la actividad humana, sino incluso la matanza masiva de seres humanos. Esto nos puede ayudar a constatar por qué tales posiciones resultan muy difícilmente aceptables. Y también por qué los teóricos que dicen seguirlas pero restringiendo sus consecuencias para los seres humanos asumen un planteamiento inconsistente y especista.

Siendo esto así, tenemos razones de peso para seguir asumiendo lo indicado en apartados anteriores. El holismo necesariamente asume que el sufrimiento y muerte de los animales es algo que no solamente hay que aceptar, sino que debe ser visto como algo positivo, en la medida en que es una parte del modo en el que funcionan los ecosistemas en nuestro planeta. Todo esto es incompatible con una posición que tenga en cuenta los intereses de los seres sintientes, una idea que resulta difícilmente rechazable (podemos considerar a este respecto qué pensaríamos si estuviésemos ante seres humanos que fuesen a ser sacrificados con el fin indicado). Si los intereses de los individuos cuentan de forma verdaderamente significativa, el holismo no va a resultar una posición creíble. La apelación a supuestos valores ecosistémicos no va a poder ser, pues, un motivo para modificar las conclusiones a las que hemos llegado hasta aquí.

## 8. Conclusión: la cuestión de la intervención

Toda teoría ética plausible ha de asumir que el modo en el que hemos de actuar ha de guiarse, o bien en una medida más o menos notable (como las posiciones deontológicas) o bien por completo (como las teleológicas), por el intento de conseguir un mundo lo mejor posible. Siendo esto así, parece que lo que hemos comprobado a lo largo de este artículo tiene que ser de enorme relevancia a la hora de establecer el modo en el que hemos de obrar.

---

que existe un valor holístico de la naturaleza que constituye un triunfo sobre cualquier desvalor para los individuos de especies diferentes a la nuestra, o que el sufrimiento y muerte de los animales solo les ocasiona un desvalor cuando es ocasionado por seres humanos.

Hemos visto que el problema del mal en la naturaleza es de una relevancia mucho mayor de lo que podría parecer a primera vista. La cantidad de sufrimiento presente en ella es inmensa, y los argumentos relativos a la consideración moral de los animales llevan a ver esto como algo que no puede ser visto como moralmente irrelevante. Todo esto viene a apoyar la idea de que en aquellos casos en los que nos pueda resultar posible reducir el desvalor padecido por los animales no humanos (esto es, reducirlo en conjunto, no de una forma puntual que tenga como un efecto secundario su aumento en algún otro sentido), debemos hacerlo.<sup>19</sup>

He hecho hincapié a lo largo de este artículo en el hecho de que la mayoría de la gente asume que la naturaleza es un lugar valioso para los animales no humanos. Por este motivo, esta conclusión puede parecer contraintuitiva. Además, podemos pensar en otras razones para rechazarla, como nuestra ausencia de información acerca del modo en el que nuestra intervención puede afectar a los procesos naturales, los daños que una alteración de estos podrían suponer para los animales o la idea de que tenemos el deber de no intervenir en la naturaleza debido a que esta es sacrosanta.

Algunas de estas razones ya las hemos visto como inválidas a lo largo de este artículo. Es falso que los animales se vean beneficiados por el funcionamiento de los ecosistemas; de hecho, sucede a la inversa: son dañados por ello, son sus víctimas. Y tampoco hay motivos sólidos para considerar que la naturaleza es sacrosanta, al menos para quienes sostengamos que los entes moralmente considerables son los seres sintientes, no los ecosistemas o las biocenosis.

Una objeción que, sin embargo, sí es necesario tener en cuenta, es la que apunta que sin la información adecuada la intervención puede ser contraproducente (no porque lo sea para los procesos naturales, que en

---

<sup>19</sup> Para una defensa de esta idea, véase Sapontzis, Steve F., "Predation", *Ethics and Animals*, 5 (2), 1984, 27-38; Bonnardel, Yves, "Contre l'apartheid des espèces: À propos de la prédation et de l'opposition entre écologie et libération animale", *Les Cahiers Antispécistes*, 14, 1996, [http://www.cahiers-antispécistes.org/article.php3?id\\_article=103](http://www.cahiers-antispécistes.org/article.php3?id_article=103); Cowen, Tyler, "Policing Nature", *Environmental Ethics*, 25 (2), 2003, 169-182; Fink, Charles K., "The Predation Argument", *Between the Species*, 13 (5), 2005, <http://digitalcommons.calpoly.edu/bts/vol13/iss5/3/>; Nussbaum, Martha C., *Las fronteras de la justicia*, Barcelona: Paidós, 2006; Horta, Oscar, "The Ethics of the Ecology of Fear against the Nonspeciesist Paradigm: A Shift in the Aims of Intervention in Nature", *Between the Species*, 13 (10), 2010, <http://digitalcommons.calpoly.edu/bts/vol13/iss10/10/>; McMahan, Jeff, "The Meat Eaters", *The New York Times*, 19 de septiembre de 2010, <http://opinionator.blogs.nytimes.com/2010/09/19/the-meat-eaters/>; "A Response", *The New York Times*, 19 de septiembre de 2010, <http://opinionator.blogs.nytimes.com/2010/09/28/predators-a-response/>.

sí mismos no son moralmente considerables, sino porque indirectamente puedan aumentar, en vez de reducir, los daños que padecen los animales en la naturaleza). Ahora bien, lo que se sigue de esto no es que no haya razones para intervenir en la naturaleza para reducir los enormes daños que padecen los animales. Por el contrario, lo que supone es que es necesario investigar con mayor atención de qué maneras puede llevarse a cabo tal intervención. Y no solo eso: un proyecto de intervención como este no solo precisa, para poder tener éxito, estar informado. Hay algo que es aún más importante: resulta necesario que haya una voluntad de llevarlo adelante. Sin embargo, como he apuntado a lo largo de este artículo, nuestras intuiciones (desinformadas) al respecto van, en principio, en una línea opuesta. Así, para que se extienda la voluntad de llevar este proyecto a cabo, hay una serie de tareas que es muy importante llevar a cabo. Estas consisten en: (i) divulgar los argumentos por los cuales es preciso rechazar el especismo, (ii) dar a conocer la realidad del enorme desvalor presente en la naturaleza para los animales, y (iii) difundir la idea de que la intervención en la naturaleza para ayudar a los animales no humanos se encuentra plenamente justificada, aun cuando a primera vista pueda resultar contraintuitiva.